llegado á nuestro conocimiento, por conducto de los representantes de Francia, que entre el gobierno frances y el de los Estados-Unidos se han abierto negociaciones para llevar á cabo una union con la cual se ponga término á la guerra civil que desde hace tanto tiempo aflige á nuestro territorio. Tambien se nos participó, que segun la opinion de la mayor parte de los americanos este intento no podria lograrse, á menos que por la mediacion de los dos Estados, no se instaurase un nuevo gobierno con la forma republicana.

"Seriamente nos preocupa la idea de ser un obstáculo al logro de ese intento; sin embargo, á pesar de que la Divina Providencia ha querido destruir nuestra felicidad doméstica, y estén por lo mismo abatidas nuestras fuerzas y nuestro valor, no vacilarémos un instante en hacer cualquier sacrificio en aras de la patria.

"Por tanto: hemos llamado aquí á nuestro Ministerio y á nuestro Consejo de Estado, los cuales nos tienen ya dadas tantas pruebas de fidelidad y adhesion, para que en union nuestra busquen la manera de vencer atinadamente tantas dificultades."

"MAXIMILIANO."

Veintitres personas concurrieron á la sesion; el resultado de la votacion fué como sigue:

Dos miembros liberales del Consejo de Estado, Siliceo y Cortés Esparza, opinaron esplícitamente por la abdicacion, fundando sus votos en las mismas razones aducidas por el emperador en el autógrafo.

Diez, uno de los cuales fué el presidente del Consejo, hablaron en sentido contrario, opinando esplícitamente que el emperador debia quedarse, que así lo pedia el bien de la Nacion, y que para salvar á esta se debia pensar sériamente en fortalecer el imperio.

Una tercera fraccion de once votos, no desechó en principio la idea de la abdicacion; pero fué de parecer, que no era ese el momento oportuno para llevar á cabo una resolucion de tanta importancia.

En apoyo de su opinion adujeron las mismas razones que los republicanos, aunque no tan directamente; pero sí espusieron, en forma de deseo, la súplica al emperador, de que permaneciese en el puesto, al menos mientras se aseguraban los intereses comprometidos por el imperio.

Antes de referir la contestacion del emperador, creo oportuno comentar los móviles secretos de aquellas diversas opiniones.

Tocante al voto de los liberales que pedian la abdicacion, voto en que se traducia el pensamiento de los dos republicanos-imperialistas, no habia en él mas mira que la de una transacion con los liberales, ó mas bien con la república, la cual tenia que suceder necesariamente al imperio.

El voto de los diez era estrictamente conservador. Para estos no habia mas recurso que tratar de conservar el imperio á toda costa; el odio de los republicanos contra su partido, no les dejaba otro arbitrio. Solamente bajo el imperio podian los conservadores sostener su importancia, y de él solamente les era dado esperar que sus intereses no sufriesen mayores pérdidas. Imposible era una alianza entre ellos y los republicanos. En su prolongada lucha, y á consecuencia de las repetidas y crueles represalias de unos y otros, los liberales y los conservadores no eran ya solamente adversarios políticos, sino encarnizados enemigos; no habia que pensar en que ambos se reconciliasen, mucho menos si los republicanos volvian al poder.

En una y otra de estas opiniones, habia al menos una sombra de pensamiento político; en donde ni eso habia, era en la mayoría de los once, la que se pronunció por la per-

manencia condicional, ó mejor dicho, por la abdicacion condicional.

El voto de esos once fué propuesto y formulado por Lacunza, por aquel mismo Lacunza que la víspera habia hablado á Maximiliano con tanto calor de deber, de honor, de sacrificios. La conducta de este hombre basta para dar idea de todo su partido, al cual no encuentro un nombre exacto y apropiado con que designarlo. Dábanse ellos el de moderados. Firmes ayer, y animados de las mejores intenciones, ostentaban hoy descaradamente su egoismo; ambiguos siempre, y sin guardar consideraciones ni á los amigos ni á los enemigos.

Decian los dos liberales que era imposible un imperio en México; sostenian los conservadores netos que el imperio era la única forma de gobierno posible; los *moderados*, esos no hablaban mas que de sí mismos. "Debe quedarse el emperador," decian ellos, aunque estaban persuadidos de que no podria sostenerse mucho tiempo; querian que subsistiese el imperio, pero solo el espacio suficiente para que ellos pudiesen asegurar sus intereses.

Este partido era, si se quiere, el mas sincero al decir que el emperador debia sacrificarse. Y se sacrificó: podia tenerse por consumado el sacrificio, desde el momento en que Maximiliano cediendo á las instancias de la mayoría de ambos Consejos contestó, que estaba resuelto á tomar de nuevo las riendas del gobierno.

Su respuesta á Lares fué del tenor siguiente:

"*Mi querido ministro:*

"Profundamente nos han conmovido las pruebas de lealtad y adhesion que hemos visto consignadas en las actas de las sesiones que ayer celebraron el Consejo de Estado y

el de ministros, y que nos fueron entregadas por los respectivos presidentes. Ni un instante hemos vacilado en seguir el camino que nos señala el deber y el amor patrio.

"Dispuestos á cualquier sacrificio que el bien de la Nacion pudiera exigirnos, creemos sin embargo que debemos preveer por nuestra parte lo que se necesita para que semejantes sacrificios no sean estériles.

"En caso de acceder á las peticiones de nuestro Consejo de Estado y de ministros, y de tomar en tal virtud una firme resolucion, deseariamos una solucion práctica del actual órden de cosas, conforme á los medios que creemos necesarios é indispensables, si ha de ser provechoso el sacrificio que el bien de México nos exige, para que se logre el fin que tan vivamente deseamos.

"I. Convocacion de una asamblea nacional, hecha de manera que garantice la representacion mas ámplia posible de todas las clases del pueblo mexicano. Esta asamblea no deberá reunirse para solo deliberar sobre la forma ulterior de gobierno, sino tambien para establecer el órden, fijando y mejorando las leyes constitucionales. Nuestro Consejo de Estado deberá determinar el punto en que habrá de reunirse la asamblea, establecer la manera con que hayan de hacerse las elecciones, y procurar por los medios mas apropósito, que claramente resulte estar garantizada la representacion completa de todos los ciudadanos mexicanos.

"II. Se deberá pensar en los recursos financieros, que garanticen suficientemente el pago de los gastos del gobierno. En este punto, habrá que tener presentes las proposiciones de proyectos preparados ya por nuestro ministro de Hacienda.

"III. Será necesario dar la ley para la conscripcion, y para el arreglo del ejército nacional.

"IV. Deberán proponerse leyes para la colonizacion del territorio.

"V. Deberán proponerse medios apropósito, para conducir á una solucion la cuestion pendiente entre México y Francia.

"VI. Igualmente deberán proponerse los medios de restablecer la buena inteligencia con los Estados-Unidos.

"Si nuestro Ministerio y nuestro Consejo de Estado se hallan en aptitud de proponernos los medios para llegar á una solucion segura y práctica, entónces continuaremos nuestra tentativa, perseverando con franca y buena voluntad en la difícil obra de la regeneracion de México."

"MAXIMILIANO."

"*Llamada de los Consejos; dictámen y apelacion al deber y al honor.*" Tales son las palabras que sobre este doloroso punto se leen en el manuscrito del emperador.

No podia caber duda en que los ministros y los consejeros de Estado presentes en Orizaba aceptarian las condiciones puestas por el emperador. Con la declaracion de Maximiliano de que queria renovar la tentativa de gobernar el país, habian logrado su objeto, y encadenado al emperador á su partido, contra su voluntad y sin que él mismo lo echase de ver. En cuanto á la posibilidad de cumplir con las condiciones propuestas, ni siquiera lo pensaron un momento, ni ménos manifestaron al emperador las dificultades con que no podia ménos de tropezar, aun en las hipótesis mas favorables, el cumplimiento de una sola parte de su programa. Aceptaron ciegamente todas las condiciones, y obraron de la misma manera que si el cumplirlas fuese juego de niños. Hubo en esto una gran falta de honradez por parte de los conservadores, y aunque indirectamente, por parte tambien del padre Fischer.

Si los conservadores y sus aliados en aquel momento, es decir, los *moderados*, hubiesen tenido siquiera una sombra de honradez, habrian debido declarar, y con ellos el padre

Fischer, que era imposible aceptar las condiciones puestas por el emperador, desde el momento en que no habia ni la mas remota esperanza de poderlas cumplir.

La mayor parte del territorio, como dije ántes, estaba en poder de los republicanos, los cuales siguiendo paso á paso á los franceses que se retiraban y concentraban en el Valle de México, iban ocupando una tras otra las plazas abandonadas por estos. Por solo este motivo era ya absolutamente imposible la convocacion efectiva y general de una asamblea nacional, y esta era sin embargo la primera y mas importante de las exigencias del emperador.

Por lo que toca á los recursos financieros, persuadido estoy de que los ministros sabian muy bien que aun cuando hubiesen tenido toda la buena voluntad de que completamente carecian, no habrian estado en aptitud de hacer lo mas mínimo por aliviar la positiva miseria del erario.

Y en la imposibilidad real de proveer al mejoramiento de la Hacienda pública, estaba imbíbita la imposibilidad de arreglar el ejército nacional, como tambien la de colonizar el territorio.

Por otra parte, dejando á un lado la cuestion pendiente con Francia, no era por cierto hacedero el avenimiento con los Estados-Unidos, sino hasta despues de que el imperio hubiese adquirido sólida consistencia.

La verdad es, que Maximiliano no se hacia ilusiones sobre el estado de las cosas, puesto que en su autógrafo decia: "Si nuestro ministerio y nuestro consejo de Estado se hallan en aptitud de proponernos los medios para llegar á una solucion segura y práctica, entónces continuaremos nuestra tentativa, perseverando con franca y buena voluntad en la difícil obra de la regeneracion de México." Aun cuando hubiese tenido la persuasion de que no habia ninguna probabilidad de poderse sostener en el trono, todavía no podia partir sin esponerse á que los conservadores le acusasen de

no haber hecho la última tentativa para defender su buen derecho, en favor del cual podian surgir casos imprevistos, eventos favorables; como que estos sucesos eran los que los conservadores tenian buen cuidado de hacer entrar en sus cálculos.

Para justificar mi severo juicio sobre el ministerio conservador, quiero aducir todavía otro hecho, del cual hace mencion Mr. de Kératry. Cuando el 21 de Octubre en Soquiapan derogó el emperador la ley marcial de 3 de Octubre de 1865, segun tengo ya referido, y con ocasion de conferenciar en México el mariscal Bazaine con el ministerio acerca de esa disposicion del emperador, Lares y Marin se mostraron poco inclinados á secundar tan justa y generosa medida, por manera que el decreto relativo fué relegado formalmente *ad acta.*

Fácil es, por lo dicho, calcular con certeza lo que pensaban y el caso que hacian los ministros, ya de la idea del congreso, ya de todos los demas puntos contenidos en el autógrafo del emperador, á pesar de que en Orizaba se adhirieron á cuanto se les propuso.

Segun se vió mas tarde, contrariaron particular y directamente el proyecto de congreso, el cual habia tenido ya secretos opositores en la junta de Chapultepec. En lo que ménos pensaban ellos era en una solucion pacífica; no querian mas que la guerra, cuyos azares, segun lo demuestra la historia toda de México, mas de una vez lograron salvar causas que parecian irremisiblemente perdidas.

La decision del emperador de regresar á la capital, fué acogida por los conservadores como era de esperarse, con trasportes de júbilo. La grata noticia fué enviada por el telégrafo á México, á Puebla, y hasta á los lugares mas pequeños. En la noche del 30 de Noviembre se participó al emperador que en Orizaba se iba á hacer una gran demostracion con antorchas, músicas, iluminaciones, etc., pero

la tal noticia no le agradó mucho. "Paréceme esto, me dijo, muy inconveniente por parte del ministerio; deberia manifestar su actividad de una manera mejor: trabajar, procurar dinero y soldados; esas vanas demostraciones están fuera de lugar, tanto mas, cuanto que hasta ahora no han hecho otra cosa que hablar y solo hablar." Al mismo tiempo mandó decir, por intermedio del ministro de la casa imperial, Arroyo, al prefecto de Orizaba, que impidiese la tal demostracion; pero los conservadores no abandonaron por eso la empresa. Su intento era hacer gala de la persona de Maximiliano y de su popularidad, sin tener en cuenta consideraciones mas sérias; y demostrar al mismo tiempo al emperador cuánto se alegraba de su permanencia la poblacion; solo que este no se dejó cojer en el anzuelo de aquella comedia, segun la llamaba.

Llegó el pueblo delante del palacio, con gritos y vivas. Forzoso me fué volver á hacer mi papel de portero; y así dije á Lares, que andaba con vivacidad febril agitando y pidiendo que se presentase el emperador á la gozosa muchedumbre: "Ya se acostó S. M., está enfermo, y mi deber es evitarle cualquier desarreglo." Encargóseme ademas decir á Lares, que desde el balcon del palacio hiciese presente á la poblacion la gratitud del príncipe.

La demostracion, en tanto, siguió tranquilamente su carrera conforme al programa; solo falló completamente el golpe teatral preparado por los conservadores, que consistia en mostrar al emperador en connivencia con ellos.

Antes de pasar á referir cómo partió Maximiliano de Orizaba, me detendré un momento á describir el método de vida que allí seguia.

En los primeros dias de su llegada, postrado el ánimo, delicada la salud, se mantuvo constantemente encerrado en el palacio, sin ver á nadie mas que al padre Fischer, al profesor Bilimeck y á mí.

Mejorado que se hubo su salud, despertóse en él su genial laboriosidad, y cambió de método. Por las mañanas despues del almuerzo, á eso de las diez, y por las tardes á cosa de las cuatro, salia con el profesor y conmigo. A media legua de la ciudad se apeaba del carruaje, y durante algunas horas paseábamos por aquellos campos, cuya variada vegetacion de *yucas*, ricinos, acacias y café, cuyas verdes praderas ricamente esmaltadas de flores, recreaban la vista del modo mas agradable.

En aquellos paseos solitarios por los contornos nada seguros de Orizaba, debiamos parecer á los transeuntes tres naturalistas ni mas ni ménos; guiados por el profesor Bilimeck, incansable coleccionador de objetos de historia natural, y á quien no distraian los cuidados políticos de sus habituales ocupaciones, armados de redes gigantescas y de otras mas pequeñas para mariposas, haciamos la guerra á los insectos que el profesor buscaba entre los carcomidos troncos de los añosos árboles. El emperador mismo cazaba empeñosamente; quien no lo hubiera conocido, habria llegado á figurarse que si emprendia aquellas escursiones era solo por ayudar al profesor en su guerra contra aquellos *inocentes animalitos*, como decian los indios que en actitud verdaderamente cómica nos estaban admirando.

En un principio, y mientras tenian lugar los tratos con Márquez y Miramon, y las sesiones de los ministros y consejeros, daba el emperador aquellos paseos de naturalista únicamente por distraerse; pero despues, ya tuvo otra mira, de la cual me habló varias veces. Soplaba en Orizaba el viento francés, francesa era la guarnicion, y el emperador no se fiaba sino hasta cierto punto de la guardia de honor que le habia dado el coronel Poitier. Trataba de vigilarlos, y para que no sospechasen su pensamiento se andaba por los campos en son de naturalista. Notorios eran la inclinacion del emperador por la historia natural y sus conocimientos en ese ramo; así, pues, los ojos mas suspicaces no hubieran descubierto en aquellas escursiones nada de estraordinario ni de calculado, y ademas durante ellas se veia libre de las miradas de esploradores y espías.

En aquellos paseos solitarios, tenia el emperador con Miramon entrevistas que deseaba ocultar á los ojos de lince de los franceses; y por último, aquellas inocentes ocupaciones en circunstancias tan graves, no ménos que el sencillísimo método de vida que el emperador seguia durante su permanencia en Orizaba, tendian á otro fin.

Queria Maximiliano persuadir á los mexicanos, de que su designio de abandonar el país era un pensamiento sério, y de que no gustaba del fausto y esplendor de la corona imperial. Los mexicanos, como todo pueblo que aun no está suficientemente culto, no se dejan llevar sino de la esterioridad: un emperador sin corte, sin fausto, no les debe parecer sino como una mariposa que ha perdido el polvo que esmaltaba sus alas: no podia, pues, Maximiliano dar á entender mejor el poco caso que hacia de aquella corona, que viviendo sin corte, sin fausto, y presentándose en el coche del hacendado Sr. Vallejo, coche al que hasta mucho despues le hizo la concesion de agregarle un tiro de seis.

No habia que esperar que los mexicanos pudieran figurarse, ni remotamente, la cruda lucha que el emperador hubo de sostener en su ánimo durante las últimas semanas; por eso Maximiliano, sabiendo perfectamente que no habian de comprender la abnegacion de que habia dado pruebas al consentir en quedarse, trató de buscar otro arbitrio para convencerles de que ninguna consideracion personal sino solo el bien del país era lo que le detenia.

En los últimos dias le acompañaba tambien á sus escursiones el padre Fischer; pero como no era muy aficionado á andar á pié, quedábase las mas veces en el coche, acompañándole yo, mientras el emperador y Bilimeck se ocupa-

ban de su zoología. En una de esas ocasiones, me acuerdo que el padre se espontaneó conmigo. Sentíase contento y feliz al pensar en que poseía la confianza del emperador; un solo pensamiento turbaba un tanto su felicidad: "Persuadido estoy, me dijo, de que el emperador me tiene por honrado y por franco; pero temo que me tenga por inmoral." Por estraña que hubiese de parecerme semejante confesion á mí, que en mi calidad de médico no acostumbro juzgar con mucha severidad la pretendida moralidad de los sacerdotes, creí, sin embargo, que debia consolarle diciéndole, que no tenia razon al creer que el emperador sospechase de su moralidad.

Aquella inquietud del padre Fischer tenia seguramente su orígen en los muchos rumores que circulaban tocante á su vida privada, rumores que él temia pudiesen llegar á oidos del emperador.

CAPITULO VIII.

Agitaciones en México.—Proclama del emperador á la Nacion.—Circular del subsecretario de Estado, Pereda, á las legaciones y á las córtes extrangeras.—Autógrafo del emperador á los comisarios imperiales.—Sherman y Campbell.—Division militar del territorio.—Disolucion del cuerpo franco-austro-belga.—Manifiesto del emperador á los austro-belgas.—Protesta de los oficiales franceses contra Bazaine.

ECO de la demostracion de Orizaba fueron las felicitaciones y las protestas de adhesion, que llegaron de todas las localidades en donde los conservadores tenian libertad de obrar. Aun de la capital, en la que la opinion pública se pronunció en sentido favorable, llegaron felicitaciones, algunas de ellas de parte de los mismos liberales.

Estas últimas eran de suma importancia, por ser cosa muy distinta de las actas de adhesion sugeridas á las magistraturas y á las administraciones por los conservadores, en donde quiera que su partido prevalecia. Revelábanse en ellas las aspiraciones de aquella fraccion del partido liberal, conocida con el nombre de *Maximilianistas*.

Tan luego como el emperador salió para Orizaba, tuvo lugar en favor suyo una revolucion en la opinion pública, revolucion que hubiera tenido consecuencias duraderas, á haber sacado de ella partido honradamente. La eventuali-